

Dijo y desapareció.—Del blando sueño
Recordando José la gran dulzura,
El rostro antes tristísimo, risueño
Se alzó al amanecer el alba pura:
Y solícito, amante y halagüeño,
Creyendo apenas la inmortal ventura,
Con voz llena de encanto y de alegría,
Como á su reina saludó á MARÍA.

II.

Como acaso al volver al patrio suelo,
Do al traves de los mares se encamina,
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo
Detiene la viajera golondrina:
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,
De donde la estension del mar domina,
Ajena al rebramar del viento airado,
En el antiguo piensa nido amado:

Así Miriam, ignara del tremendo
Rujir de las borrascas de la vida,
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
De la mundana jente corrompida,
Notar no pudo aquel martirio horrendo
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,
Rasgó su corazon tan noble y fuerte,
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada
En puras é inefables alegrías;
Dia y noche, confusa y agitada,
Escucha misteriosas armonías
Que entonan en redor de su morada
En coro las celestes gerarquías,
Mientras callan los vientos bramadores,
Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales,
De senso oscuro y áspero sonido,
La suma de rubores virginales
Y de gozo y de amor enardecido,
Que cuando en sus entrañas maternales
El Verbo del Señor se ha estremecido,
Sienten su corazon y su alma pura,
Llenos de aquella insólita ternura?

¿Amor de madre! amor acá en la tierra
Imágen pura del amor divino;
Sentimiento clarísimo que encierra
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
Iris de paz en la continua guerra
De las pasiones que nos dió el destino,
Bálsamo celestial, gozo del alma,
Puerto seguro de apacible calma!

¿Divina emanacion de un Dios piadoso,
Consuelo en los dolores inefable,
Amor constante, fino, generoso,
Indulgente, benigno, inalterable:
Don del Omnipotente el mas precioso,

Pródigo de perdon para el culpable,
Copiosísima fuente clara y pura,
De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
De la pobre mortal naturaleza
El lodo vil con su fulgor inflama,
Depura y aquilata su impureza:
Y en él torrentes de virtud derrama,
Y el corazon levanta á tal alteza,
Que entonces la mujer, ángel del cielo
Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
Dicha en sacrificar, fortuna y vida,
Por ver feliz y del dolor triunfante
La dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo á detener será bastante
A quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo,
A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
Basta sola á engendrar virtudes tales
Y abnegacion tan fina y valerosa
En los comunes pechos maternales;
¿Cuánto mas levantada y poderosa,
Y fecunda en afectos celestiales
Y abnegacion sublime, no seria
En el seno dichoso de MARÍA!

Ella, que ama en su hijo al Dios que adora,
Al esposo de que anda enamorada;
Eterno amor que dentro á su alma mora
Desque al vivir del mundo fué creada:
Suavísimo recuerdo que atesora
En la region mas noble y apartada
Del tierno corazon, que Dios le diera,
Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton, que en el jardin ameno,
Del aura acariciado fresca y pura,
De viva savia y de perfume lleno,
Llega á la perfeccion de su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura impura,
El cáliz virginal de azul y oro,
De su aroma real guarda el tesoro.

Tal el virgíneo pecho de MARÍA,
De manchas libre ó corporal flaqueza,
Puro como la luz del rey del dia,
Intacta conservaba su entereza;
Y el amor maternal que en él ardía,
Mayor intensidad, mas fortaleza
Tuvo y debió tener, que los amores
Propios de esta mansion de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,
Criatura de Dios mismo elegida,
Sobre el mortal caduco sublimada,
Sobre el eterno coro enaltecida;
Hízola Dios su esposa muy amada,

Y entre él y nuestra raza maldecida,
Ella fué la divina mediadora,
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
Que nació sin la mancha del pecado;
La sola cuyo vientre fué fecundo,
Sin ser en su pureza amancillado:
Misterio santo, altísimo, profundo,
No entendido, y empero venerado
Por el audaz mortal, que impío niega
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
Nos llega á iluminar la lumbre pura;
Así del sol el rayo diamantino,
Sin romper de las aguas la tersura,
Penetra el deslumbrante torbellino
Tal vez al fondo de la mar oscura,
Semejando en sus olas rebramantes,
Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo.—Perfumado
Capullo y á la vez fragante rosa;
El bien aun de nosotros alejado,
Y de aquel bien la posesion dichosa:
La esperanza á la vez y lo esperado;
La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
Tal el misterio fué que dió fecundo
Fruto de vida y libertad al mundo.

BELEN.

III.

¿Adónde envanecido
Me arrastras, ardoroso pensamiento?
¿Do vuelas, atrevido,
Con raudo movimiento,
Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves
Esa region de tan suprema altura?
¿Cómo en alas tan leves
Alcanzar la ventura
De contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso
Del suelo, en mariposa convertido,
Que al cielo esplendoroso
Remontas decidido,
En tan frágiles alas sostenido:

¿Do irás, que no te canse
En breve la asperísima subida?
¿Do será que descanse
Tu fuerza enflaquecida,
En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
Esos tus ojos débiles, mortales,

Que á los solares fuegos
Se anublan, los raudales
Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla,
Al choque mas ligero quebrantado,
En cuya mente brilla
Un destello emanado
Del soberano rey de lo creado

¿Qué es el mortal, en suma,
Mezcla de lodo y del fulgor divino?
¿Bomba fugaz de espuma,
Que en su raudo camino
Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
Mas allá de su sér ansioso mira....
¿Es su esplendor pasado
Perdido, el que suspira,
O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
Que su mezquino sér constante agita;
Un turbido mareo,
Que sin cesar le incita,
Y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,
De flaca voz y genio limitado;
¿Podrás á la alta meta
Llegar afortunado,
A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
Funesto don de la ignorancia humana,
¿Aspira tu locura
A ver la soberana
Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
El vate, contra el polvo prosternando
La antes altiva frente,
No orgulloso cantando,
¿Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fé del cielo
En las fulgentes alas sostenido,
¿Acaso en raudo vuelo
Remonte enardecido,
Do el sumo resplandor vive escondido!

IV.

Las águilas impías
Dominaban señoras, del romano,
Sobre naciones cultas y bravías:
El galo y el hispano,
El picto y el indómito germano;

Y el sármata invencible,
En su árido desierto, y el numida

Con su corcel terrible,
Y el chino, cuya vida
De la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente griego,
Y el persa en los tejidos afamado;
Y el abisinio ciego,
Y el copto iluminado,
En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente;
Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada;

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallage
De Roma á la fortuna;
Ni viviente linage,
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
¡Esclavo de un esclavo!
Que Roma, al yugo inundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente,
De regiones vastísimas señora:
—La reina prepotente
A quien el mundo implora,
¡Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
So el yugo que le oprime;
Las leyes conculcadas,
Las mas santas costumbres despreciadas!

—Tributaria Judea,
El trono de David era ocupado,
No de familia hebrea;
Un extranjero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los dias
Que al fausto nacimiento
Del Redentor Mesías
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
Un empadronamiento escrupuloso,
En el cual se inscribiera
Con el menesteroso,
El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
Del edicto imperial desapiadado,
Fieles ejecutores,
Al mundo esclavizado
Obedecer hicieron lo mandado.

V

Fieles José y MARIA á la costumbre
Seguida en Israel desde remotas
Edades, de inscribirse por familias
Y tribus; la romana ley premiosa
Apenas conocida, resolvieron
Dirigirse á Belen sin mas demora.
Era aquella ciudad, patria felice
De David; y José y su casta esposa,
Descendientes de aquel, la contemplaban
Su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos,
Desde la cima de las altas rocas,
Con horrible fragor hasta los valles
Llevaban sus corrientes bramadoras:
Silbaba el aquilon del Norte frio,
Al traves de las ramas ya sin hojas
Del cedro y terebinto, que en los llanos
Se burlan de sus iras destructoras;
Y el cielo azul, de viajadoras nubes
Cubierto, que los astros encapotan,
Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre,
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fria,
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié de ellas, no lejos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heróica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mujeres ilustres, revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va en ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco

De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban.—Presurosa
Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno habia
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortuosas
En busca recorrió de algun albergue:
Todos los belenitas, con faz torva
A recibir negáronse al viajero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto, el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura,
La noche, del descanso protectora:
Y José, en su afliccion, desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz resolvió salir á la campiña,
Ya sumergida en las tinieblas hondas.
—A la parte del Sur, y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa
Habia una caverna, caro asilo
Tal vez en las borrascas bramadoras,
De pastores á un tiempo y de ganados.
Allí José y Miriam, en fervorosa
Oracion, juntamente bendijeron
De Dios la omnipotencia previsora.

Y allí, cuando rasgando el negro velo
Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
Señala media noche á nuestro suelo
El astro luminoso en el altura;
Sin humano dolor, al rey del cielo
Encarnado en terrestre criatura,
Dió á luz la esposa del Señor, MARIA,
Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron:
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con mas viva luz resplandecieron;
Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
Hay un prado ameno,
Do muchos pastores
Junto á sus corderos
Pasaban la noche,
Las iras temiendo
De feroce tigre
O chacal sangriento:
Cuando de zozobras
Están mas agenos,

He aquí que de pronto
Descienden al suelo
De una luz divina
Los puros reflejos;
Y un jóven gallardo,
De la luz en medio,
A quien los zagales
Ven de espanto llenos,
Con voz mas suave
Que el blando ceceo
Es del hijo caro
Al amor materno:

“No temais, les dijo,
Que soy mensajero
De paz y alegría
Al vasto universo.
Hoy mismo ha nacido,
De Belen no lejos,
Por decretos altos,
Quien del mundo es dueño:
Y aunque soberano
De tronos é imperios,
Da y quita á los hombres
Coronas y cetros;
No en sumos palacios
Ni alcázares régios
Le busqueis; de toscos
Pañales cubierto,
Sobre húmeda paja
Yace el rey del cielo!
Acudid, pastores;
Zagales, id presto:
Sed al gran Mesías
En ver los primeros:
No tardeis, dichosos
Pastores hebreos,
Y en vuestro camino,
Mas raudos que el viento
Llevedle tributos
De amor y respeto:
¡Mirad que es nacido
El rey de los cielos!

Y en medio á los aires,
Un sonoro estruendo
De angélicas voces
Contestó á lo lejos:
“Gloria en las alturas
Al Señor eterno,
Y al hombre sencillo
Y de honrado pecho,
Paz y bienandanza
Del mundo en el suelo.”
Y entre blancas nubes
Subiendo á los cielos,
Mas y mas remotos
Se fueron oyendo
De aquellos cantares
Los límpidos ecos.
Cuando de la noche
Las brisas gimieron,
Solos en el prado

Y en el bosque ameno,
Juntos los pastores,
Teniendo consejo,
A Belen dichosa
Pasar resolvieron,
Sus pobres rebaños
Dejando contentos
Bajo la custodia
Del Pastor supremo,
Cuya sombra amiga
Cubre á un mismo tiempo
Al hombre orgulloso
Y al humilde insecto.

Entonces tomaron
Algunos modestos
Presentes: nevados
Corderillos tiernos;
Entre verdes hojas
Con cuidado envueltos,
Requesones blancos
Y sabrosos quesos;
Leche fresca y pura
En cántaros nuevos;
Pielles adobadas,
Y en pajizos cestos
Los áureos racimos,
Y frutos diversos
Que son del Otoño
Preciado ornamento.
Y alegres tomaron
El limpio sendero
Que recto conduce
De David al pueblo;
Mas cuando vecinos
Al establo fueron,
Por secreto impulso
Entráronse dentro:
Allí en cuna humilde
De juncos y helechos,
El rostro cercado
De fúlgido fuego,
Al sumo Mesías
Reclinado vieron.
Miriam, inclinada
Cabe el pobre lecho,
Estasiada adora
Al divino Verbo;
Mientras el anciano,
De allí no muy lejos,
Ante el tierno niño
Con hondo respeto
Su cabeza cana
Inclina hasta el suelo.
Y dos animales,
Fieles compañeros
Del sábio que huye
Del mundano estruendo,
Como si capaces
De luz, muy atentos
Mirar parecían
De Dios los misterios;
Tan pobre y humilde,

Si leal cortejo,
Cercaba la cuna
Del Rey de los cielos!

Apenas el grupo
Los pastores vieron,
Puestos de rodillas,
Gozosos los pechos,
Sus rústicos dones
Al Cristo ofrecieron:
Y un rayo de luna
Pálido y sereno,
Ilumina el cuadro
Con fulgor incierto.—
¡Venturoso día!
¡Triunfador momento!
Al débil vagido
Del párvulo tierno,
Allá en los altares
De sus ricos templos!
Los dioses mentidos
Del túrbido Erebo,
Con susto temblaron,
De rabia gimieron,
Viendo el fin cercano
De su impuro reino;
En tanto que el mundo,
De su dicha ageno,
Tranquilo descansa
En brazos del sueño.

VII

Los sencillos pastores
De Judá, por los ángeles llamados
A ser de los humanos precursores
En tributar al gran recién nacido
Homenajes de amor, á sus hogares
Volvieron asombrados,
El prodigio contando enaltecido
En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
El tiempo en que á los hombres otros labios
De mas autoridad, noticia dieran
Del gran suceso en Bethlem cumplido.
Los de sencillas almas han creído,
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella
La marcha caprichosa,
Al traves de la atmósfera azulada;
De Seleucia la bella,
Capital de los parthos afamada,
Partió una caravana numerosa:
Tres magos, sapientísimos varones,
De su nacion orgullo y altiveza,
De numerosos siervos escoltados,
Cabalgando en camellos abrumados
So la alta pesadumbre
De muchos, ricos y preciosos dones

Destinados á aquel que en la pobreza
Quiso nacer del mundo; se encaminan,
Del astro amigo á la esplendente lumbre,
A la feliz Belen: á diestra mano
Dejan detrás de sí, como declinan,
Del Eufrates undoso al seco llano
De destrozados mármoles cubierto,
El campo solitario
Do en otro tiempo fuera Babilonia.

El viento del desierto
Rompe solo el silencio funerario
De aquella inmensa tumba,
Y su alentar, que en ecos mil retumba
Con lúgubre ruido
En el campo de muerte despoblado,
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
¡De Dios mismo lanzado
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los regios caminantes,
Tal como la columna luminosa
Que á la playa arenosa
Del Rojo mar guiara en otros días
Las fugitivas turbas palpitantes
Del pueblo de Israel; en las sombrías
Noches, y cuando el sol en su carrera
De luz inunda la terrestre esfera;
La estrella conductora,
De la dicha del mundo anunciadora,
Como mortal viajero, caminando,
Ya recta, ya oblicuando,
En el campo del cielo esplendoroso,
Va en curso caprichoso,
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo
El hora del viajero apetecida
Llega, la clara estrella, suspendida
Sobre las tiendas cándidas, parece
Que en su lecho de nubes se adormece:
Y la aurora venida,
Da otra vez la señal de la partida.
Así pasando van por la llanura
Tan rica de verdura,
De la opulenta Asiria y sus ciudades;
La populosa Arbela,
La rica Cangamela,
Do del gran Macedon al fuerte brío,
Quedó deshecho el infeliz Darío:
Y aquel funesto ejemplo á las edades,
El campo do fué Nínive altanera,
Que en inflamada hoguera
Del cielo en rojos mares desprendida,
Castigo de sus torpes liviandades,
Toda quedó en pavesas reducida,
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura,
De la estrella la marcha infatigable,
Pisaron la comarca bendecida
De la Mesopotamia: deleitable
Region, entre los cauces comprendida

Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
Y luego en los senderos arenosos,
A la lumbre del astro que camina,
Entraron en la seca Palestina.

Por fin, á la mitad del claro día,
Cuando el sol mas fulgente relucía,
Las elevadas torres divisaron
De una grande ciudad, cuyas agudas
Veletas, en los aires descollaban
Sobre las cimas áridas, desnudas,
De las montañas mil que la cercaban.
Y los pechos henchidos de alegría,
“¡Jerusalen! ¡Jerusalen! gritaron,
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
Fatigados, llegaron con premura
A apagarla en la linfa trasparente
De una cisterna oculta en la verdura,
Que á la orilla del árido camino
Les deparó el destino.
Desalterados ya, la amiga estrella
Volviéronse á mirar; mas los cuitados,
Ni el astro luminoso, ni su huella
Pudieron descubrir; desorientados
A la santa Salen se dirigieron:
“Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
Cuna feliz del jóven rey Mesías,
Que anuncian las antiguas profecías:
¿A qué dudar?—Por la primera puerta
Que entremos en Salen, las colgaduras
Preciadas, las esencias olorosas,
Los ramos de palmera entretegidos,
Los alegres sonidos
De las arpas hebreas; las ruidosas
Danzas, y los triunfales alaridos,
Bastante nos dirán, sin duda alguna,
Dónde del niño rey yace en la cuna.”

Mas al entrar por la ferrada puerta
De la ciudad famosa,
Melancólica, mustia y silenciosa,
Cual si de hombres hallárase desierta,
La vieron con espanto. Una espaciosa
Calle tomaron, en la cual se vian
De distancia en distancia, algunos hombres
Que el extranjero séquito miraban,
Y entre sí recatados departian,
Y en torno de los sábios se apiñaban.

Entre tanto, los magos preguntaban
Por el rey inmortal recién nacido;
Pero los salemitas se admiraban:
“¿En dónde habeis oido
Esa nueva feliz?” les respondian;
Y con aire de duda sonreian.
“El que reina en Judá no es el Ungido
Del Señor, ni del pueblo el escogido:
Es un vil extranjero,
Quien del trono á los bárbaros comprado,
No tiene por fortuna un heredero.”

Los sabios, con semblantes consternados,
Siguieron por la calle populosa
Do en mas felices dias descollaba
Con planta majestuosa,
De David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua esplendorosa
En el recinto ahora destrozado,
Levantaron sus tiendas los viajeros
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores
Del rey, fueron ligeros
A contarle de aquellos estranjerios
La venida y sus causas.—Mil temores
Asaltaron entonces al tirano.
“¿Acaso un sueño vano
Podrá ser de los sabios soñadores?
¿O el verdadero *Schilo*, en otros dias
Por el mismo Jacob vaticinado?”
Entonces, de la ley á los doctores
Convocó á su palacio sin tardanza.
“¿En dónde ha de nacer el rey *Mesías*?”
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
Mas ellos no dudaron,
Y: “en Belen de Judá,” le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho
Su temor encerrando y su despecho,
A los sabios de Iran llamó en seguida;
Y como la serpiente, que escondida
Entre las flores del ameno prado,
Acaso deja ver el tachonado
Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
Que causa al hombre la mortal herida;
Con benévola faz, disimulando
Su malvada intencion, va preguntando
Cuanto ansía saber, y satisfecha
Ya su sangrienta saña: “¿Id en buen hora,”
Les dijo á los que libres de sospecha
Le escuchan: “¿á ese niño á quien ya adora
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
Y así que su mansion hayais hallado,
Me avisareis, á fin que el homenaje
Le lleve de mi humilde vasallaje.”

Y los magos partieron,
Y presurosos de Sion salieron
Por la segura puerta
De Damasco llamada.—En el altura
Vieron resplandecer con lumbre pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha, antes incierta,
Siguieron por el áspera llanura,
De regocijo llenos;
Mas cuando mas ajenos
De alguna variacion, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico y vecino,
Entre las blancas nubes descendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viajeros comprendiendo,

Con ademan humilde y respetuoso,
De sus cabalgaduras desmontaron,
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido,
A las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial recién nacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia, si en amor segundo
Tributo que al *Mesías* diera el mundo,

Y los cofres abriendo esplendorosos,
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos,
Y oro puro: presentes misteriosos.
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al sér humano,
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió María,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:
La otra, de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales,
Que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto, los magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hácia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron,
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atras tornaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hálitos huyeron,
Segun la indicacion del sér divino,
Y á otro confin sus pasos dirigieron
De mas seguro y plácido camino.
Y en su rápida fuga persiguieron
A la lumbre del sol y al vespertino
Resplandor, que, curando su fortuna,
Blanda les vibra la argentada luna.

LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

I.

Subiendo va con trabajo
Por una elevada sierra,
Reducida caravana
De dos personas compuesta:

Mas no son dos; que si osado
Las orlas el aire eleva
Del cumplido manto oscuro
Que reviste á la una de ellas;
Tal como acaso la luna,
En noche clara y serena,
Entre blancas nubecillas
Asoma la faz risueña:
Así entre cándidas tocas
Que á los rayos reverberan
Del sol, de un hermoso niño
Se ve la rubia cabeza.
Mujer es la que en sus brazos
El hermoso niño lleva;
Mujer y madre sin duda;
Que solo así la terneza
Tener pudiera y cuidado
Con que á su seno lo estrecha.
Mujer es, y de la vida
Parece llegar apenas
Al florido umbral, dichoso,
De la humana adolescencia.
Mujer es, y tan hermosa
Es la faz que Dios le diera,
Que mas que mujer humana,
Parece divina esencia:
Y nunca, ni cuando Fideas
Halló en la famosa Grecia
Vivientes originales
A sus estátuas eternas;
Ni cuando allá al primer hombre
En las dichosas riberas
Del perdido Eden, llegara
Nuestra madre comun, Eva;
Jamás á mortales ojos
Ofreció naturaleza
Ni un levisimo trasunto,
Ni la mas remota idea
De tan celeste hermosura,
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
Va por la escabrosa senda,
Y ya toca de la vida
A la estacion postrimera.
Vejez lozana es la suya,
Pues aunque vivos platean
Del sol á los puros rayos,
La barba y la cabellera;
En su marcha y apostura
Se ve que intactos conserva
El vigor y la energía
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos
De elevada stirpe régia,
Son los que á pié caminando
Van á Sion la altanera.
Allá van, de sus mayores
Para prestar obediencia
A las leyes, que ordenaban
A las mujeres hebreas
Purificarse en el templo

Despues de dias cuarenta
Del parto, y dar en rescate
Una cantidad pequeña,
Por la cual libre quedaba
Su generacion primera.
Que, si bien libre de mancha,
La esposa de Dios escelsa
Quiso á la ley sujetarse
De Moisés el gran profeta,
Confundiendo entre la turba
De las hembras de su tierra,
La Sempiterna corona
Con que Dios le enalteciera.

II.

Apenas los dos esposos
Entraron, de gozo henchidos,
Del Salomónico templo
En el sagrado recinto,
Contra su seno estrechando
La madre al eterno niño,
Y José las dos palomas
Llevando del sacrificio,
Y los siclos del rescate
Por la sacra ley pedidos:
Simeon, un santo anciano,
Del espíritu impelido
De Dios, entró presuroso
Del templo en el peristilo.
Y al mirar el régio aspecto
De los santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas
Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros:

“Ahora, señor Dios, venga la muerte;
El anciano la aguarda sin temor,
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
Al Cristo Salvador!”

¡Al que verá la humana muchedumbre
Sentado so el espléndido dosel,
A ser del universo eterna lumbre
Y gloria de Israel!

¡El que será á millares de millares
Salud, y libertad, y salvacion;
Y á los que no veneren sus altares,
Eterna perdicion!

¡Objeto santo de perenne culto
Será para los puros corazones;
Mas de saña feroz y fiero insulto,
Y afrentas y baldones,